

—¡Oh! sí—se dijo Eugenio,—sí, fortuna á toda costa. No hay tesoros que puedan pagar este cariño. Quisiera llevarles todas las dichas juntas. ¡Mil quinientos francos! —se dijo después de una pausa.—Es preciso que cada moneda dé resultado. Laura tiene razón. ¡Por vida del... Las jóvenes se vuelven astutas como ladronas cuando se trata de la dicha de otro. Inocente para ella y previsora para mí, es como el ángel del cielo que perdona las faltas de la tierra sin comprenderlas.

¡El mundo era suyo! El sastre había sido ya convocado, consultado y conquistado. Al ver al señor de Trailles, Rastignac comprendió la influencia que ejercen los sastres en la vida de los jóvenes. ¡Ay de mí! no existe término medio entre estas dos apreciaciones: un sastre es un enemigo mortal ó un amigo adquirido á costa del pago de la factura. Eugenio encontró en el suyo un hombre que había comprendido la paternidad de su comercio, y que se consideraba como un guión entre el presente y el porvenir de los jóvenes; así es que Rastignac, agradecido, ha hecho la fortuna de este hombre mediante la siguiente frase:

—Yo sé de dos pantalones que ha hecho, que valieron á sus dueños la suerte de casarse con jóvenes de veinte mil francos de renta.

¡Mil quinientos francos y trajes á discreción! En aquel momento, el pobre meridional no dudó ya de nada, y bajó á almorzar con ese aire indefinible que comunica á los jóvenes la posesión de una suma cualquiera. En el momento en que el dinero penetra en el bolsillo de un estudiante, éste siente nacer en su interior una columna fantástica que le sirve de apoyo, anda

mejor que antes, y tiene la mirada alegre y franca y los movimientos más ágiles. Humilde y tímido la víspera, había recibido golpes, y al día siguiente se cree capaz de apalearse á un ministro. Verifican en él fenómenos inauditos: lo quiere y lo puede todo, desea á toda costa, está alegre y expansivo, y es generoso. En una palabra, que el pájaro que carecía de alas un momento antes, logra ganar las alturas. El estudiante sin dinero acecha un instante de placer, como el perro que atrapa un hueso á través de mil peligros, lo rompe, chupa su médula y luego corre; pero el joven que siente repleto su bolsillo con algunas fugitivas monedas de oro, saborea sus goces, los detalla, se complace en meditarlos, se balancea en el cielo y no sabe lo qué significa ya la palabra *miseria*. París le pertenece por completo. ¡Edad en que todo bulle y chispea! ¡Edad de goces, cuya fuerza no aprovecha nadie, ni el hombre ni la mujer! ¡Edad de deudas y de vivos temores que centuplican todos los placeres! El que no ha frecuentado la orilla izquierda del Sena, entre la calle de San Jacobo y la de los Santos Padres, no sabe lo que es la vida humana.

—¡Ah! si las mujeres de París lo supiesen, vendrían aquí á hacerse amar—se decía Rastignac devorando las peras cocidas, servidas por la señora Vauquer. En este momento se presentó un mozo de la diligencia, preguntó por don Eugenio de Rastignac, y le entregó dos saquitos y un talón para que firmase el recibo. Rastignac se vió entonces herido por la profunda mirada que le dirigió Vautrín al mismo tiempo que le decía:

—Ahora tendrá usted con qué pagar lecciones de armas y sesiones de tiro.

—Han llegado los galeones—le dijo la señora Vauquer mirando los sacos.

La señorita Michonneau temió fijar sus miradas en el dinero y hacer ver su codicia.

—¡Qué buena madre tiene usted!—dijo la señora Couture.

—El señor tiene una buena madre—repitió Poirer.

—Sí, la mamá se ha hecho una sangría—añadió Vautrín.—Ahora podrá usted divertirse, frecuentar el mundo, pescar en él buenas dotes y bailar con condesas que llevan flores de martín pescador en la cabeza. Pero, créame usted, joven, frecuente el tiro.

Esto diciendo, Vautrín hizo el gesto del hombre que mide de arriba á abajo á su adversario. Rastignac quiso darle propina al mozo, pero se encontró sin dinero en el bolsillo, y entonces Vautrín sacó un franco y se lo dió al mozo, diciéndole al estudiante:

—Ahora tiene usted crédito.

Aunque aquel hombre le fuese insoportable desde el día en que habían cambiado palabras duras al volver de casa de la señora de Beauseant, Rastignac se vió obligado á darle las gracias. Durante aquellos ocho días, Eugenio y Vautrín habían permanecido silenciosos y se observaban mutuamente. El estudiante se preguntaba en vano por qué. Las ideas sin duda se proyectan en razón directa de la fuerza con que se conciben, y, obediendo á una ley sistemática comparable á la que dirige las bombas al salir del cañón, van á impresionar el punto á que el cerebro las envía. Pero sus efectos son diversos. Si existen naturalezas débiles que acojen las ideas dejándose estragar por ellas, existen también

naturalezas vigorosamente provistas y cerebros con cráneos de bronce contra los cuales se aplastan las voluntades de los demás y caen como balas ante una muralla, y otras blandas y mullidas donde las ideas ajenas caen como las balas en la tierra blanda de las trincheras. Rastignac tenía una de esas cabezas de pólvora que saltan al menor choque, y estaba dotado de demasiada vivacidad juvenil para no ser accesible á esa proyección de ideas y á ese contagio de sentimientos que dan origen á esos extraños fenómenos que no concebimos. Su penetración tenía el mismo alcance que sus ojos de lince, y, por otra parte, hacía un mes que se habían desarrollado en Eugenio tantas cualidades como defectos. El mundo y el cumplimiento de sus crecientes deseos eran la causa de sus defectos, y entre sus buenas cualidades se encontraba esa vivacidad meridional que obliga á marchar en línea recta al encuentro de las dificultades para resolverlas, y que no permite que un hombre del otro lado del Loira permanezca en la incertidumbre; cualidad que los del Norte llaman defecto, pues para ellos, si fué el origen de la fortuna de Murat, fué también la causa de su muerte. Rastignac no podía, pues, soportar mucho tiempo el fuego de las baterías de Vautrín, sin saber si este hombre era amigo suyo ó enemigo. De día en día le iba pareciendo que este singular personaje penetraba en sus pasiones y leía en su corazón, mientras que en Vautrín todo estaba tan bien cerrado, que este hombre parecía tener la profundidad inmóvil de un esfinge que lo sabe y lo ve todo y no dice nada. Al sentirse el bolsillo repleto, Eugenio se rebeló y le dijo á Vautrín, que se levantaba para mar-

charse, después de haber saboreado los últimos sorbos del café:

—Hágame usted el favor de esperarme.

—¿Para qué?—respondió el cuadragenario calándose su sombrero de grandes alas y tomando su bastón de hierro con el cual hacía á veces molinetes como hombre que no temiese verse asaltado por cuatro ladrones.

—Voy á devolverle el franco—repuso Rastignac abriendo un saco y entregando ciento cuarenta francos á la señora Vauquer.—Cuentas claras, amigos viejos—le dijo á la viuda.—Estamos en paz hasta el día de san Silvestre. Cámbieme esta moneda de cinco francos.

—Es verdad, cuentas claras, amigos viejos—repitió Poiret mirando á Vautrín.

—Aquí tiene usted su franco—dijo Rastignac entregando una moneda al esfinge conpeluca.

—Cualquiera diría que teme usted deberme algo—exclamó Vautrín dirigiendo al joven una profunda mirada y una de aquellas sonrisas burlonas y diogénicas que más de cien veces habían estado á punto de irritar á Eugenio.

—Lo ha adivinado usted—respondió el estudiante, que llevaba los dos sacos en la mano y se había levantado para subir á su habitación.

Vautrín salía por la puerta que daba al salón, y el estudiante se disponía á irse por la que daba al descansillo de la escalera.

—Señor marqués de Rastignacorama, ¿sabe usted que es muy poco cortés lo que me dice?—profirió entonces Vautrín cerrando con fuerza la puerta del salón y dirigiéndose al estudiante, que le miró fríamente.

Rastignac cerró la puerta del comedor llevándose consigo á Vautrín á la parte baja de la escalera, al descansillo que separaba al comedor de la cocina, descansillo contiguo á una puerta que daba al jardín. Allí el estudiante dijo delante de Silvia, que salía de la cocina:

—Señor Vautrín; ni yo soy marqués, ni me llamo Rastignacorama.

—Van á batirse—dijo la señorita Michonneau con aire indiferente.

—¡Á batirse!—replicó Poiret.

—¡Ca!—dijo la señora Vauquer acariciando el dinero que acababa de recibir.

—Mírelos, se van hacia debajo de los tilos—exclamó Victorina levantándose para mirar al jardín.—Y sin embargo, ese pobre joven tiene razón.

—Subamos á nuestro cuarto, hijita mía—dijo la señora Couture; esas cosas no nos interesan.

Cuando la señora Couture y Victorina se levantaron, se encontraron en la puerta á la gruesa Silvia que les impidió el paso diciéndoles al mismo tiempo:

—Pero ¿qué es lo que pasa? Veo que el señor Vautrín le dijo al señorito Eugenio: «Expliquémonos», y después le ha tomado por el brazo y ambos se han encaminado al jardín.

En este momento compareció también Vautrín, diciendo con burlona sonrisa:

—Señora Vauquer, no se asuste usted, voy á probar mis pistolas debajo de los tilos.

—¡Oh! ¡caballero!—dijo Victorina juntando las manos en ademán de súplica.—¿Por qué quiere usted matar al señorito Eugenio?

Vautrín dió dos pasos atrás, contempló á Victorina un instante y exclamó con tono tan burlón que hizo ruborizar á la joven.

—¿Otra historia? ¿Verdad que es muy guapo ese joven? Hermosa mía, ahora me hace usted concebir un plan. Yo les prometo hacerles felices.

La señora Couture había tomado á su pupila por el brazo y se la llevaba diciéndole al oído:

—Pero, Victorina, está usted hoy inconcebible.

—Yo no quiero que se disparen tiros en mi casa—dijo la señora Vauquer.—Á esta hora van ustedes á asustar al vecindario y hacer que acuda la policía.

—Vamos, calma, mamá Vauquer—respondió Vautrín.—Iremos á un salón de tiro.

Y dicho esto, fué á unirse á Rastignac, al cual tomó familiarmente por el brazo diciéndole:

—Cuando yo le haya probado que meto cinco veces la bala en un as de oros á treinta y cinco pasos ¿no se le quitará el valor? Tiene usted aspecto de ser rencoroso y se haría usted matar como un imbécil.

—¿Se vuelve usted atrás?—le dijo Eugenio.

—No me exacerbe la bilis—respondió Vautrín.—Esta mañana no hace frío. Venga usted á sentarse allá abajo—dijo señalándole unos asientos pintados de verde.—Allí nadie puede oírnos. Tengo que hablarle. Es usted un joven que me inspira simpatías. Le quiero á usted á fe de Bur... ¡mil rayos! á fe de Vautrín. Ya le diré á usted por qué le quiero. Entre tanto le conozco como si le hubiera parido, y voy á probárselo. Ponga usted sus sacos ahí—repuso señalándole la mesa redonda.

Rastignac colocó el dinero sobre la mesa y se sentó

movido por una curiosidad engendrada por el cambio repentino operado en los modales de aquel hombre que, después de haber hablado de matarle, se constituía en su protector.

—Usted quisiera saber lo que soy, lo que hago ó lo que he hecho—repuso Vautrín.—Pero es usted demasiado curioso, hijito mío. Vamos, calma, que esto no es nada comparado con lo que va usted á oír. Yo he tenido desgracias. Escúcheme usted primero, y luego me contestará. ¿Quién soy? Vautrín. ¿Qué hago? Lo que me da la gana. Ahora sigamos. ¿Quiére usted conocer mi carácter? Pues bien, sepa que soy bueno con aquellos que me hacen bien ó que tienen un corazón que marcha al unísono con el mío. Á éstos se lo permito todo y pueden darme patadas en las canillas sin que yo les diga: ¡Cuidado! Pero ¡mil rayos! soy malo como el demonio con los que me molestan ó me son antipáticos. Es bueno que sepa usted que me importa á mí tanto matar á un hombre como esto—dijo soltando un escupitazo.—Únicamente que procuro matarle en ocasión oportuna. Yo soy lo que ustedes llaman un artista, y, tal como usted me ve, he leído las memorias de Benvenuto Cellini en italiano. Con este hombre, que era un buen muchacho, he aprendido á imitar á la Providencia, que mata á diestro y siniestro, y á amar lo bello donde lo encuentro. Por otra parte ¿no es una partida interesante el verse solo contra todos los hombres y tener suerte? He reflexionado maduramente acerca de la constitución actual de vuestro desorden social y opino, hijo mío, que el duelo es un juego de niños, una estupidez. Cuando de dos hombres que viven tiene que des-

aparecer uno, se necesita ser muy estúpido para entregarse al azar. El duelo es una cuestión de cara ó cruz, he ahí todo. Yo meto cinco balas seguidas en un as de oros á treinta y cinco pasos, y, cuando se está dotado de talento, yo creo que puede uno tener seguridad de derribar á su contrario. Pues bien, yo tiré contra un hombre á veinte pasos y erré el tiro, y aquel pillastre, que no había cogido en su vida una pistola, mire usted—dijo aquel hombre extraordinario desabrochándose el chaleco para enseñar su velludo pecho, que causaba espanto,—aquel sietemesino hizo blanco en mí—añadió poniendo un dedo de Rastignac en un agujero que tenía en el pecho.—Pero en aquella época yo era un niño, tenía su edad, veintiún años, y creía aún en algo, en el amor de una mujer, en esa porción de tonterías en que va usted á sumirse en breve. Nos hubiéramos batido, ¿verdad? Hubiera usted podido matarme. Imagínese que estoy en el suelo muerto; ¿qué sería de usted? Tendría que irse á Suiza á comerse el dinero de papá, que no tiene mucho. Yo voy á iluminarle á usted acerca de cual es su verdadera posición; pero voy á hacerlo con la superioridad de un hombre que, después de haber examinado las cosas de la tierra, ha visto que no hay más que dos partidos que tomar: ó una estúpida obediencia, ó la revolución. ¿Sabe usted lo que necesita para seguir el camino que emprende? Un millón, y en seguida, sin lo cual con su cabecita ligera podría ir á caer en las redes de Saint-Cloud. Ahora bien, ese millón voy á dárselo yo—añadió haciendo una pausa para mirar á Eugenio.—¡Oh! ¡oh! parece que le pone usted mejor cara al papá Vautrín y que oyendo mis palabras

está usted como la joven á quien se le dice: «Hasta la noche». Vamos, vamos, menos mal. He aquí nuestra situación, joven. Usted tiene en su tierra á papá, á mamá, á la tía, á dos hermanas de diez y siete y diez y ocho años, y dos hermanos de quince y de diez. La tía educa á sus hermanas. El cura va á enseñar latín á los hermanos, la familia come más mal que bien, el papá ahorra sus ropas, la mamá tiene gran pena para hacerse un traje de invierno y otro de verano, y las hermanas hacen lo que pueden. Yo lo sé todo, he estado en el Mediodía. En tal estado se hallan las cosas en su casa, y si le envían á usted mil doscientos francos al año, es porque las tierras no dan más que tres mil. Tenemos una cocinera y un criado, porque papá es barón y hay que guardar el decoro. Nosotros, por nuestra parte, tenemos ambición, la Beauseant es parienta nuestra y vamos á pie, queremos fortuna y no tenemos un céntimo, comemos el potage de mamá Vauquer gustándonos las buenas comidas del arrabal Saint-Germain y dormimos en un fonducho deseando tener un palacio. No vitupero sus aspiraciones. Hijito mío, no todo el mundo puede tener ambición. Pregunte usted á las mujeres qué hombres les gustan, y verá que son los ambiciosos. Éstos tienen los hombros más fuertes, la sangre más rica en hierro y el corazón más ardiente que los demás hombres. La mujer se considera tan feliz y tan hermosa cuando es fuerte, que de todos los hombres prefiere á aquel cuya fuerza es enorme, aunque corra peligro de ser aplastada por él. Le hago el inventario de sus deseos á fin de proponerle una cuestión. Ésta es la siguiente: tenemos un hambre de lobo, nuestros

dientes son incisivos, ¿cómo nos arreglaremos para proveer la dispensa? En primer lugar, tenemos que estudiar el código, lo cual no es divertido ni enseña nada, pero es necesario. Sea. Nos hacemos abogado para llegar á ser presidente de una audiencia y enviar á presidio á pobres diablos que valen más que nosotros, á fin de probarles á los ricos que pueden dormir tranquilamente. Esto es poco agradable y demasiado largo. En primer término, dos años en París contemplando las damas que nos gustan sin poder tocarlas, y desear siempre sin satisfacerse nunca, es fatigoso y molesto. Si tuviésemos una naturaleza como la de los moluscos no habría nada que temer; pero tenemos la sangre ardiente de los leones y un apetito capaz de llevarnos á hacer veinte locuras diarias. Sucumbirá usted, pues, en este suplicio, que es el más horrible que existe en el infierno de Dios. Supongamos que sea usted juicioso y que se dedique á hacer elegías; generoso como es, necesitará empezar, después de muchos fastidios y privaciones, por ser sustituto de algún granuja en un rincón adonde el gobierno le mandará mil francos de sueldo como si se echase la sopa á un perro. Persigue á los ladrones, pleitea por los ricos, guillotina á las gentes de corazón: todo inútil; si no se tienen protecciones, muere uno en una audiencia de provincias. Á los treinta años será usted juez con mil doscientos francos de sueldo, y cuando llegue á los cuarenta se casará con la hija de algún molinero que tenga seis mil francos de renta. ¡Vaya un porvenir! Teniendo protectores, sería usted procurador del rey á los treinta años, con mil escudos de sueldo, y se casaría con la hija del

alcalde. Si hace usted alguna de esas bajezas políticas, como leer Villele en lugar de Manuel, á los cuarenta años será usted procurador general y podrá presentarse diputado. Mas note usted, querido mío, que habremos hecho algunos jirones en nuestra conciencia, y que nos habremos aburrido durante veinte años en medio de secretas miserias, y nuestras hermanas se quedarán para vestir santos. Tengo además el honor de advertirle que en Francia sólo hay veinte procuradores generales y que son ustedes veinte mil aspirantes al cargo, entre los cuales hay pillastres que venderían á su familia por subir un peldaño más. Si el oficio le disgusta, vamos á otra cosa. ¿Quiere ser abogado el señor barón de Rastignac? ¡Oh! ¡qué bonito! Hay que padecer durante diez años, gastar mil francos al mes, tener una biblioteca y un bufete, frecuentar el mundo, adular á un procurador para tener causas y contemplar á los magistrados. Si esta profesión le llevase á uno á bien, no diría que no; pero búsqieme usted en París cinco abogados que, á los cincuenta años, ganen más de cincuenta mil francos al año. ¡Bah! antes que empequeñecer así el alma, preferiría ser corsario. Pero, por otra parte ¿dónde buscar dinero? Todo esto no tiene nada de agradable. Nos queda el recurso de la dote de una mujer; pero casarse es echarse un dogal al cuello, y si se casa uno por dinero ¿qué va á ser de nuestros sentimientos de honor y de nobleza? Es preferible empezar hoy ya la lucha contra las convenciones humanas. Nada significaría arrastrarse como una serpiente ante una mujer, lamer los pies de la madre y hacer bajezas sin cuento, si así encontrase al menos la dicha; pero, casándose de este modo, será usted des-

graciado, pues es preferible guerrear con los hombres que luchar con su mujer. He aquí la encrucijada de la vida, joven, escoja usted. Usted ha escogido ya: ha ido á casa de su prima Beauseant y ha olfateado allí el lujo; ha ido á casa de la condesa de Restaud, la hija del padre Goriot, y ha visto allí á la parisiense, y aquel día volvió con esta palabra escrita en la frente, palabra que yo supe leer: *¡Medrar! ¡medrar á toda costa!* ¡Bravo! me dije, he aquí un mozo que me gusta. Necesitó usted dinero ¿dónde buscarlo? Ha sangrado usted á sus hermanas. Todos los hermanos explotan más ó menos á sus hermanas. Los mil quinientos francos arrancados, Dios sabe cómo, en un país donde no abunda el dinero, van á desfilar como soldados en la lista. Y después, ¿qué hará usted? ¿trabajará? El trabajo comprendido como usted lo comprende en este momento, sólo da para vivir en la posada Vauquer, y el problema de una rápida fortuna se proponen resolverlo en este momento cincuenta mil jóvenes que se encuentran en su misma situación. Es usted una unidad de este número; juzgue usted, pues, los esfuerzos que tendrá que hacer y lo encarnizado que resultará el combate. Necesitan ustedes comerse unos á otros, toda vez que no hay cincuenta mil plazas buenas. ¿Sabe usted cómo se hace carrera? Con el brillo del genio ó con la astucia de la corrupción. Hay que penetrar en esta masa de hombres como una bala de cañón ó deslizarse como una peste. La honradez no sirve de nada. Se inclina el mundo ante el poder del genio; le odia y procura calumniarle, pero al fin y al cabo se inclina ante él. En una palabra, que al genio se le adora de rodillas cuando no ha podido en-

terrarsele. La corrupción abunda y el talento es raro; así es que la corrupción es el arma de las medianías, cuya oposición encontrará usted en todas partes. Verá usted empleados con mil doscientos francos de sueldo que compran tierras. Verá usted prostituirse á mujeres por el sólo deseo de ir en el coche de un hijo de un par de Francia. Ha visto al pobre y estúpido Goriot obligado á pagar la letra de cambio endosada por su hija, cuyo marido tiene cincuenta mil francos de renta. Le reto á usted á que dé dos pasos en París sin encontrar infernales intrigas. Apostaría la cabeza contra cinco céntimos á que caerá usted en un avispero con la primera mujer que le guste, aunque sea rica, hermosa y joven. Todas están en guerra con sus maridos con motivo de todo, y créame que no acabaría nunca si hubiera de explicarle los tráficos que hacen por los amantes, por el lujo, por los hijos, por la casa ó por la vanidad, y rara vez por virtud. Así es que el hombre honrado es su enemigo común. Pero ¿qué cree usted que es el hombre honrado? En París el hombre honrado es el que se calla y se niega á participar de ciertas cosas. No le hablo á usted de esos pobres ilotas que cumplen con sus deberes sin verse nunca recompensados y á los cuales llamo yo la cofradía de los imbéciles. Si quiere usted, pues, hacer fortuna pronto, es preciso ser rico ó parecerlo. Si en las cien profesiones que puede usted abrazar existen diez hombres que medren pronto, el público les llama ladrones. Saque usted de aquí la conclusión. He ahí la vida tal cual es y que no resulta más agradable que la cocina, hiede tanto como ésta, y hay que mancharse las maos si se quiere sacar partido. Sepa usted, única-

mente, desembarazarse bien, y en esto estriba toda la moral de nuestra época. Si le hablo á usted así del mundo, es porque el conocimiento que tengo de él me da derecho á ello. ¿Cree usted que lo critico? nada de eso. Siempre ha sido lo mismo, y los moralistas no lo cambiarán nunca, porque el hombre es imperfecto, y como es á veces más ó menos hipócrita, los necios lo juzgan más ó menos moral. No acuso á los ricos en contra del pueblo, porque entiendo que el hombre es el mismo arriba, que abajo, que en medio. Por cada millón de seres humanos, se encuentran únicamente diez que saben sobreponerse á todo, hasta á las leyes, y yo soy uno de ellos. Si es usted un hombre eminente, marche en línea recta con la cabeza alta; pero tendrá que luchar contra la envidia, la calumnia, la mediantía, contra todo el mundo. Napoleón encontró un ministro de la Guerra que se llamaba Aubry y que estuvo á punto de enviarlo á las colonias. Tiéntese usted la ropa y vea si podría levantarse cada mañana con más voluntad que la que tenía la víspera. En este estado las cosas, yo voy á hacerle una proposición á la que nadie se negaría. Escúcheme bien. Aquí donde usted me ve, yo tengo una idea, que consiste en ir á hacer vida patriarcal á una gran propiedad de diez mil fanegas, situada al sud de los Estados-Unidos. Quiero hacerme allí colono, tener esclavos, ganar buenos cuartos vendiendo mis bueyes, mi tabaco y mis maderas, vivir como un soberano, y hacer mi santa voluntad llevando una existencia que aquí no se concibe, porque no hay teatro para ella. Yo soy un gran poeta, pero no escribo mis poemas, que consisten en acciones y en sentimientos. En este momento poseo

cincuenta mil francos, con los cuales sólo podría adquirir unos cuarenta negros, y necesito doscientos mil francos, porque quiero doscientos negros á fin de satisfacer mi gusto por la vida patriarcal. ¿Ve usted? Los negros vienen á ser hijos encontrados, de los cuales se hace lo que se quiere, sin que ningún juez pueda pedirlos cuenta de ellos. Con este capital negro, en diez años haré tres ó cuatro millones. Si salgo airoso, nadie me preguntará quien soy, seré el señor Cuatro Millones, ciudadano de los Estados-Unidos, tendré cincuenta años, no estaré aún envejecido y me divertiré á mi modo. En dos palabras ¿me dará usted los doscientos mil francos si le procuro una dote de un millón? Un veinte por ciento de comisión, me parece que no es caro. Se hará usted querer de su mujercita; una vez casado, fingirá usted sentir inquietudes y remordimientos, se hará usted el triste quince días y por fin una noche, después de algunas caricias, entre dos besos, le declarará á su mujer que tiene doscientos mil francos de deudas diciéndole: «Amor mío.» Esta comedia la desempeñan todos los días los jóvenes más distinguidos. Una recién casada no niega nunca su bolsa al marido que le ha conquistado el corazón. ¿Cree usted que saldrá perdiendo algo? No. Ya encontrará el medio de recuperar los doscientos mil francos en algún negocio, y con su talento y su dinero adquirirá una fortuna mucho mayor que lo que puede desear. *Ergo*, en seis meses de tiempo habrá hecho usted su dicha, la de una mujer amable y la de su papá Vautrín, sin contar la de su familia, que se sopla los dedos en invierno por falta de leña. No se asombre usted de lo que le propongo ni de lo que le digo. De se-

senta matrimonios buenos que se hacen en París, cuarenta y siete dan lugar á mercados de esta índole, que...

—Y ¿qué tengo yo que hacer?—dijo ávidamente Rastignac interrumpiendo á Vautrín.

—Casi nada—respondió este hombre dejando escapar un movimiento de alegría semejante á la sorda expresión de un pescador que siente el peso de un pez en el anzuelo.—Escúcheme usted bien. El corazón de una joven desgraciada y miserable es la esponja más ávida de llenarse de amor, una esponja seca que se ensancha tan pronto como cae en ella una gota de sentimiento. Hacer la corte á una joven que se encuentra en condiciones de soledad, de desesperación y de pobreza sin que ella sospeche su fortuna futura, es el gordo seguro, es conocer los números de la lotería, es jugar á la Bolsa sabiendo previamente las oscilaciones que ha de sufrir. Obrar así es echar los cimientos indestructibles de un matrimonio. Más tarde la joven hereda millones y se los arrojará á usted á los piés como si fueran guijarros. «Toma, amado mío, toma, Adolfo, Alfredo. Toma, Eugenio» dirá ella, si Adolfo, Alfredo ó Eugenio han tenido la abnegación de sacrificarse por ella. Entiendo yo por sacrificios vender un traje viejo para ir á comer juntos á una mala posada, y de allí, por la noche, empeñar el reloj para comprarle un chal é ir al Ambigú Cómico. No le hablo á usted de la jerigonza del amor y demás tonterías que tanto encantan á las mujeres, como, por ejemplo, echar gotas de agua sobre el papel, cual si fuesen lágrimas, cuando se está lejos de ellas, y no le hablo de esto, porque me parece que usted conoce perfectamente la jerga del corazón. Mire usted,

París es como un bosque del Nuevo Mundo donde se agotan veinte especies de pueblos salvajes que viven del producto que dan los diferentes casos sociales, y usted es un cazador de millones. Para cogerlos usa usted lazos, reclamos y ardides. Hay varias maneras de cazar. Los unos, cazan á la dote, los otros, á la liquidación, aquéllos prestan conciencias, y los de más allá venden á sus abonados atados de piés y manos. El que vuelve con el morral bien provisto es saludado, festejado y recibido por la buena sociedad. Hagamos justicia á este suelo hospitalario; tiene usted que habérselas con la villa más hospitalaria del mundo. Si las altivas aristocracias de todas las capitales de Europa se niegan á admitir en sus filas á un millonario infame, París le tiende sus brazos, corre á sus fiestas, se sienta á su mesa y brinda con su infamia.

—Pero ¿dónde encontrar una joven así?—dijo Eugenio.

—La tiene usted aquí, en nuestra propia casa.

—¿La señorita Victorina?

—La misma.

—¿Eh? ¿cómo?

—La baronesita de Rastignac le ama á usted ya.

—¡Pero si no tiene un céntimo!—repuso Eugenio asombrado.

—¡Ah! no lo crea usted, dos palabras más, y todo se aclarará—dijo Vautrín.—El padre Taillefer es un viejo pillastre reputado de haber asesinado á un amigo suyo durante la Revolución. Es uno de los míos, que tienen independencia en sus opiniones, un banquero principal socio de la casa Taillefer y Compañía. Tiene un hijo

único, al cual quiere dejar sus bienes con gran perjuicio de Victorina. A mí no me gustan esas injusticias. Soy como Don Quijote, me gusta tomar la defensa del débil contra el fuerte. Si la voluntad de Dios fuese que su hijo pasase á mejor vida, Taillefer recogería á su hija, porque, obedeciendo á esa tontería que existe en la naturaleza, desearía tener un heredero, y yo sé que no puede tener hijos. Victorina es dulce y amable, y no tardará en engatusar á su padre y en hacer de él lo que quiera. Después la joven se mostrará demasiado sensible á su amor para olvidarle, y se casará con usted. Yo me encargo del papel de Providencia, y haré que Dios disponga la muerte del hijo. Tengo un amigo que me es muy adicto, un coronel del ejército del Loira que acaba de ser empleado en la guardia real. Éste, que no es ninguno de esos imbéciles que se aferran á sus opiniones, se ha hecho ultra realista á instancias mías. Un consejo tengo aún que darle, hijo mío, y es que no se aferre nunca á sus opiniones ni á sus palabras, y si encuentra medio de cambiar con ventaja, hágalo. El hombre que se alaba de no cambiar nunca de opinión y que siempre marcha en línea recta, es un necio que cree en la infalibilidad. No hay principios, sólo hay acontecimientos; no hay leyes, sólo hay circunstancias: el hombre superior se amolda á los acontecimientos y á las circunstancias para dirigir á unos y á otras. Si hubiesen principios y leyes fijas, los pueblos no cambiarían como cambiamos nosotros de camisa. El hombre no está reputado de ser más sabio que toda una nación. El hombre que hizo menos servicios á Francia, es un fetiche venerado, bueno á lo sumo para ponerlo en el conser-

vatorio, entre los instrumentos, fijándole la etiqueta Lafayette; mientras que el príncipe contra el que todo el mundo lanza su piedra y que desprecia bastante á la humanidad para lanzarle al rostro su falta de constancia, impidió el reparto de Francia en el congreso de Viena: se le deben coronas y se le arroja barro. ¡Oh! yo conozco los negocios y los secretos de muchos hombres. Basta. Tendré una opinión inquebrantable el día en que encuentre tres cabezas que estén de acuerdo acerca del empleo de un principio, y creo que esperaré mucho tiempo. En los tribunales no se encuentran tres jueces que tengan la misma opinión acerca de un artículo de la ley. Volviendo á mi hombre, sepa usted que crucificaría á Jesucristo si yo se lo mandase, y á una indicación de su papá Vautrín, le buscará camorra á ese pillastre, que ni siquiera le ha enviado cinco francos á su pobre hermana, y lo pondrá á la sombra—añadió Vautrín levantándose, poniéndose en guardia y haciendo el movimiento de un maestro de armas que se tira á fondo.

—¡Qué horror!—dijo Eugenio.—Señor Vautrín, usted bromea.

—¡Uy! ¡uy! ¡uy!—repuso aquel hombre.—Calma, no haga usted el niño. Sin embargo, si eso le complace, puede hacer cuantos aspavientos y exclamaciones crea conveniente. Dígame que soy un infame, un bandido, un pillo: pero no me llame estafador ni espía. Vaya, diga usted, suelte usted esa andanada, que se la perdono, porque ¡es tan natural á su edad! Yo también he sido así; sólo que reflexione usted y cuente que algún día hará cosa peor, toda vez que concurrirá á casa de alguna mujer

bonita y recibirá dinero de ella. Seguramente que ha pensado usted alguna vez en esto—dijo Vautrín,—porque ¿acaso lograría usted medrar si no valorase su amor? La virtud, mi querido estudiante, no se divide: es ó no es. Se nos habla de hacer penitencia por nuestros pecados. Vaya un sistema éste, en virtud del cual se absuelve uno de un crimen con un acto de contrición. Seducir á una mujer para llegar á ocupar tal peldaño de la escala social, sembrar la cizaña entre los hijos de una familia; en fin, todas las infamias que se practican en el hogar con motivo de un placer ó de un interés personal ¿cree usted que sean actos de fe ó de caridad? ¿Por qué dos meses de cárcel al petrimetre que en una noche quita á un hijo de familia la mitad de su fortuna, y por qué el presidio para un pobre diablo que roba un billete de mil francos con circunstancias agravantes? He aquí vuestras leyes. No hay un artículo que no encierre un absurdo. El hombre enguantado ha cometido asesinatos en que no se derrama sangre; el asesino ha abierto una puerta: dos cosas nocturnas. Entre lo que yo le propongo y lo que usted hará algún día, sólo falta la sangre. ¿Cree usted en algo fijo en este mundo? Desprecie usted, pues, á los hombres, y examine las mallas del código que pueden procurar una evasiva. El secreto de las grandes fortunas sin causa aparente ha sido olvidado, porque ha sido hecho con rapidez.

—¡Silencio, caballero! no quiero oírle más, porque me haría usted dudar mí mismo. En este momento, el sentimiento constituye toda mi ciencia.

—Como usted guste, hijo mío. Le creía á usted más listo; no le diré nada más. Sin embargo, una palabra

aún—añadió Vautrín mirando fijamente al estudiante.—Posee usted mi secreto.

—Un joven que se niega á secundar sus planes sabrá olvidarlo todo.

—Muy bien dicho, eso me satisface. Mire usted, otro será menos escrupuloso. Acuérdese de lo que quiero hacer por usted. Le doy quince días de tiempo para que se decida.

—¡Vaya un hombre más intrépido!—se dijo Rastignac al ver que Vautrín se iba tranquilamente con el bastón bajo el brazo.—Me ha dicho con franqueza lo que la señora de Beauseant me decía cubriendo las apariencias. Me desgarraba el corazón con sus zarpas de acero. ¿Por qué quiero ir á casa de la señora de Nucingen? Él ha adivinado los motivos tan pronto como los he concebido. En dos palabras ese bandido me ha dicho más cosas acerca de la virtud que todos los hombres y los libros. Si la virtud no sufre capitulación ¿he robado acaso á mis hermanas?—dijo Eugenio arrojando el saco sobre la mesa, sentándose y permaneciendo sumido en profunda meditación.—Ser fiel á la virtud ¡martirio sublime! ¡Bah! todo el mundo cree en la virtud; pero ¿quién es virtuoso? Los pueblos tienen la libertad por ídolo; pero ¿qué pueblo es libre en la tierra? Mi juventud es aún azul como un cielo sin nubes; querer ser grande y rico ¿no es resolverse á mentir, á arrastrarse, á encorvarse, á erguirse, á adular y á disimular? ¿no es consentir en ser criado de los que han mentido y se han arrastrado? Antes de ser su cómplice, es preciso ser viles. Pues bien, no, yo quiero trabajar noble y santamente, trabajar noche y día y deber mi fortuna á mi

trabajo. Será la más lenta de las fortunas; pero al menos cada día mi cabeza descansará sobre mi almohada sin verse turbada por ningún pensamiento pecaminoso. ¿Qué cosa más hermosa que contemplar uno su vida y encontrarla pura como un lirio? Yo y la vida somos como un joven y su desposada. Vautrín me ha hecho ver lo que ocurre después de diez años de matrimonio. ¡Diablo! mi cabeza se pierde. No quiero pensar en nada, el corazón es un buen gufa.

Eugenio fué sacado de su sueño por la voz de la gruesa Silvia, que le anunció á su sastre, ante el cual se presentó llevando en la mano los dos sacos de dinero, sin que esta circunstancia le hubiese molestado. Cuando se hubo probado sus trajes de la tarde, se puso uno de la mañana que le metamorfoseaba por completo y se dijo:

—Valgo tanto como el señor de Trailles, y ahora parezco un verdadero hidalgo.

—Señor—dijo el padre Goriot entrando en la habitación de Eugenio—¿me ha preguntado usted si sabía á qué casa va la señora de Nucingen?

—Sí.

—Pues bien, el lunes próximo va al baile del mariscal Carigliano. Si usted asiste á él, ya me dirá si mis dos hijas se han divertido y si iban bien vestidas. En fin, todo.

—¿Cómo ha sabido usted eso, padre Goriot?—le preguntó Eugenio haciéndole sentarse ante su fuego.

—Me lo ha dicho su camarera. Sé todo lo que hacen por Teresa y por Constanza—repuso el anciano con el júbilo propio de un amante bastante joven aún para considerarse feliz con una estratagema que le pone en

comunicación con su amada sin que ella lo sospeche. —¡Usted podrá verlas!—añadió expresando con sencillez una dolorosa envidia.

—No lo sé—respondió Eugenio.—Voy á ir á casa de la señora de Beauseant á preguntarle si puede presentarme á la mariscala.

Eugenio pensaba, con una especie de fruición, en presentarse en casa de la vizcondesa vestido como lo estaría en lo sucesivo. Lo que los moralistas llaman abismos del corazón humano son únicamente pensamientos falaces, impulsos involuntarios del interés personal. Estas peripecias objeto de tantas declamaciones, estos rodeos repentinos son cálculos hechos en provecho de nuestros goces. Al verse bien vestido, bien calzado y bien enguantado, Rastignac olvidó su virtuosa resolución. La juventud no se atreve á mirarse en el espejo de la conciencia cuando se inclina del lado de la injusticia, mientras que la edad madura se mira en él: toda la diferencia yace entre estas dos fases de la vida. Hacía algunos días que los dos vecinos, Eugenio y el padre Goriot, se habían hecho amigos. Su secreta amistad nacía de las mismas razones psicológicas que habían engendrado sentimientos contrarios entre Vautrín y el estudiante. El atrevido filósofo que quiera confirmar los efectos de nuestros sentimientos en el mundo físico, encontrará sin duda más de una prueba de su efectiva materialidad en las relaciones que crean entre nosotros y los animales. ¿Qué fisonomista adivina un carácter con la rapidez con que el perro sabe si un desconocido le quiere ó no? Se siente uno amado. El sentimiento impugna todas las cosas y atraviesa los espacios. Una carta es

un alma, y resulta un eco tan fiel de la voz que habla, que los espíritus delicados cuentan las epístolas entre el número de los más ricos tesoros del amor. El padre Goriot, elevado hasta lo sublime de la naturaleza canina por su sentimiento irreflexivo, había olfateado la compasión, la admirativa bondad y las simpatías juveniles que habían nacido para él en el corazón del estudiante; sin embargo, esta unión naciente no había originado aún ninguna confianza. Si Eugenio había manifestado deseos de ver á la señora de Nucingen, no era porque contase con el anciano para ser introducido en su casa; pero esperaba que alguna indiscreción secundase sus planes. El padre Goriot sólo le había hablado de sus hijas con motivo de lo que él se había permitido decir públicamente el día de sus dos visitas.

—Señor mío—le había dicho al día siguiente—¿cómo ha podido usted creer que la señora de Restaud tomase á mal el que usted hubiese pronunciado mi nombre? Mis dos hijas me quieren, y yo soy un padre feliz. Únicamente que mis dos yernos se han portado mal conmigo, y como no quise que las pobres criaturas tuviesen por culpa mía disputas con sus maridos, he preferido verlas en secreto. Este misterio me proporciona mil goces que no comprenden los demás padres que pueden ver á sus hijas cuando quieren. Yo no puedo ¿comprende usted? y entonces, cuando hace buen tiempo, me voy á los Campos Elíseos después de haber preguntado á las camareras si mis hijas salen. Cuando me dicen que sí, las espero en el pasaje, mi corazón late con fuerza cuando los coches llegan, las admiro en medio de su lujo, y ellas me dirijen al pasar una sonrisa que me alegra el alma

como alegra á la rosa un rayo del sol de agosto. Y después permanezco allí porque ellas tienen que volver. Las veo de nuevo: el aire les ha sido provechoso, sus caras parecen dos rosas. Luego oigo decir, en torno mío: «¡Vaya una mujer más guapa!» y esto me regocija el corazón, porque ¿no son mi sangre? Les tengo cariño á los caballos que tiran de sus coches, y quisiera ser el perrito que llevan en su regazo. Vivo de sus placeres. Cada uno tiene su manera de querer: la mía no hace mal á nadie, y no sé por qué el mundo se ocupa de mí. Yo soy feliz á mi modo. ¿Acaso contraviene á las leyes el que yo vaya á ver á mis hijas por la noche en el momento en que salen de sus casas para irse al baile? ¡Qué pena para mí si llego tarde y me dicen: «La señora ha salido!» Una noche esperé hasta las tres de la mañana para ver á Nasia, á quien no había podido ver en dos días. Creí morir de placer. Yo le ruego que no hable de mí más que para decir cuán buenas son mis hijas. Las pobres quieren colmarme de toda clase de regalos; pero yo se lo impido diciéndoles: «Guardad vuestro dinero; ¿qué queréis que haga de él? Yo no necesito nada.» En efecto, señor mío ¿qué soy yo? un mal cadáver cuya alma está donde están mis hijas. Cuando haya visto usted á la señora de Nucingen, ya me dirá cuál de mis dos hijas le gusta más—dijo el buen hombre después de un momento de silencio al ver que Eugenio se disponía á salir para ir á las Tullerías esperando la hora de presentarse en casa de la señora de Beauseant.

Este paseo fué fatal para el estudiante. Algunas mujeres se fijaron en él; ¡era tan joven, tan guapo y estaba dotado de una elegancia tan distinguida! Al ver que era

objeto de una atención casi admirativa, no pensó ya en sus hermanas ni en su tía despojadas, ni en sus virtuosas repugnancias: había visto pasar sobre su cabeza á ese demonio que tan fácilmente pierde á un ángel, á ese Satán de matizadas alas que siembra rubíes, que lanza sus flechas de oro á la fachada de los palacios y que reviste de purpurino brillo á las mujeres y á los tronos tan sencillos en su origen; había escuchado al dios de esa vanidad crepitante cuyo oropel nos parece ser un símbolo de poder. Las palabras que dijo Vautrín, por cínico que éste fuese, se habían albergado en su corazón como se graba en el recuerdo de una virgen el innoble perfil de una vieja vendedora de joyas que le dice: «Oro y amor á mares». Después de haber callejeado indolentemente, á las cinco se presentó Eugenio en casa de la señora de Beauseant, recibiendo allí uno de esos terribles golpes contra los cuales carecen de armas los corazones jóvenes. Hasta entonces la vizcondesa se había mostrado con él llena de esa cortés amenidad y de esa meliflua gracia propia de la educación aristocrática y que sólo es completa cuando proviene del corazón. Cuando entró, la señora de Beauseant le dijo con tono seco:

—Señor de Rastignac, me es imposible recibirle, al menos en este momento. Tengo que hacer...

Para un observador (y Rastignac se había hecho observador de pronto), esta frase, el gesto, la mirada y la inflexión de la voz era la historia del carácter y de las costumbres de la casta. Eugenio vió la mano de hierro debajo del guante de terciopelo, la personalidad y el egoísmo bajo los modales, la madera bajo el barniz y

oyó por fin el: *¡Yo, el rey!* que comienza en el trono y acaba en el último hidalgo. Rastignac se había abandonado demasiado fácilmente á creer en las noblezas de la mujer, y, como todos los desgraciados, había formado de buena fe el delicioso pacto que debe unir al bienhechor con el protegido, pacto cuyo primer artículo implica una igualdad completa entre los grandes corazones. La beneficencia, que reúne á dos seres en uno solo, es una pasión celestial tan incomprensible y tan rara como el amor verdadero. Una y otra son la prodigalidad de las armas hermosas. Eugenio quería ir al baile de la duquesa de Carigliano, y devorando esta borrasca, dijo con conmovida voz:

—Señora, si no se tratara de una cosa importante, no hubiera venido á importunarla; tenga la amabilidad de permitirme que la vea más tarde; esperaré.

—Pues bien, venga usted á comer conmigo—dijo la vizcondesa un poco confusa al considerar la dureza con que había pronunciado sus palabras, pues esta mujer era verdaderamente tan grande como buena.

Aunque agradecido de este repentino cambio, Eugenio se dijo al marcharse:

—Arrástrate, sopórtalo todo. ¿Qué deben ser las demás, si la mejor de las mujeres borra en un momento las promesas de su amistad y te abandona como un zapato viejo? El egoísmo impera. Es verdad que su casa no es ninguna tienda, y que yo hago mal en necesitar de ella; pero, en fin, como dice Vautrín, hay que hacerse bala de cañón.

Las amargas reflexiones del estudiante no tardaron en ser disipadas por el placer que se prometía comiendo